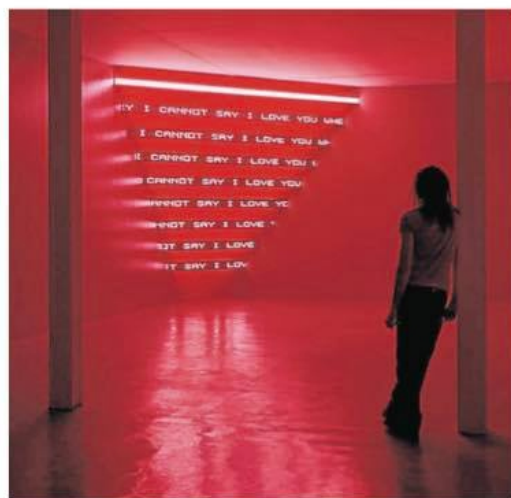




Vista de la Sala 1 de Proa. A la derecha, "Globe", el mundo-jaula de Mona Hatoum. A la izquierda, una obra de Delia Cancela.



Una visitante de la muestra frente a "Looming", 2004, de Jenny Holzer.

La vehemencia del globo terráqueo en acero de Mona Hatoum es la imagen de *Crear Mundos*, la exposición que marca la reapertura el sábado 14 de noviembre de Fundación Proa. También engloba el concepto de diversidad y cruces que caracterizan al arte contemporáneo. En

cuatro salas, la muestra reúne obras de artistas internacionales que participaron en exhibiciones previas en Proa: todas mujeres de diferentes culturas que trabajan desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad. Unas 60 piezas conforman pequeños universos que expresan las dificultades de las mujeres en el mundo del arte, singulares y globales a la vez, en múltiples soportes, desde la instalación, el video, la fotografía y la performance.

La exposición, que estaba prevista para marzo de 2020 y se postergó por las medidas de aislamiento, está organizada por ejes temáticos que pretenden sintetizar estos problemas: la materialidad, el lenguaje, el cuerpo.

"Proa decide revisar su propio archivo desde el género, el lugar que las mujeres tuvieron en sus exposiciones colectivas", sostiene la investigadora María Laura Rosa, asesora académica de *Crear Mundos*. Este título proviene de una frase de la teórica Donna Haraway, de su libro *Staying with the Trouble* (2016), volumen que habla de "convivir con el problema", que se ha convertido casi en un lema que buena parte del sistema del arte adoptó en su fase actual de replanteos. Con la curaduría de Cecilia Jaime y Manuela Otero, el proyecto cuenta con un programa público de eventos virtuales y presenciales, y propone una mirada retrospectiva al archivo institucional de los 24 años de Proa.

La contundencia de "Globe" (2007), el mundo-jaula de Hatoum (quien tuvo una gran retrospectiva en Proa en 2015), remite inmediatamente al encierro que el mundo ofrece ahora mismo. Elaborado en hierro, tiene el tamaño capaz de alojar una persona de pie, y funciona como puerta de entrada a la sala que reúne obras en las que predominan lo textil, las texturas y el trabajo artesanal.

En su "Homenaje a Mujeres Artistas" (2018), Delia Cancela cosió a un vestido de lienzo con larga cola de parches con delicados retratos de artistas (incluidas Agnes Varda y una stripper), que considera un *work in progress* -porque el camino del reconocimiento tiene muchas deudas pen-

OTROS MUNDOS SON POSIBLES

Reabre Proa con obras de más de 60 mujeres como Mona Hatoum, Jenny Holzer y Louise Bourgeois, que trazaron nuevos caminos en la historia del arte.

POR MARCH MAZZEI



"Sin título. Variaciones cosméticas faciales", registro de performance de Ana Mendieta en 1972.

dientes - cuyo montaje se realizó por video llamada. Un hilo lo conecta con las plataformas de Dalila Puzzovio, modelo 60s y reconstruidas en 2011 por una performance en arteBA, que había visitado en la Boca una muestra de Arte Pop.

Más allá, una pieza de encaje yú toma la forma de una termitera que Mónica Millán elaboró en 2002 junto a la comunidad de Yaitaity, en Paraguay, en un cruce entre arte y antropología. Se exhibe junto a un conjunto de joyas mapuches, anónimas, que refieren a un asunto en el ojo de la tormenta: los pedidos de restitución a sus comunidades de los objetos extraídos para su colección y exhibición con fines artísticos.

Titulada "Ajuar para un conquistador", en su serie de 1993, Mónica Giron teje trajes para aves patagónicas en peligro de extinción en un ejercicio primoroso de alta capacidad crítica.

De esa materia está hecha "Estimate US\$ 5.000.000.- Quianlang Vase" (1998), la temprana pieza de Alicia Herrero que toma un tradicional jarrón chino para aplicarles a sus dimensiones una fórmula atada a la volatilidad de su precio en Sotheby's, que la hacen casi irreconocible. La incomodidad del lenguaje inclusivo se manifiesta en "Niñ*" (2018), de Mariela Scafati, un suéter atado con sogas anudadas, como lo hacen en la cultura *bondage*.

El pasaje hacia la segunda sala es también un viaje que va de lo urbano a lo íntimo, ida y vuelta, para ocupar y transitar un espacio, otro de los temas de esta exposición. El ritual de Ana Gallardo de esparcir las cenizas de su madre, a quien perdió cuando tenía 7 años, en la Laguna de Zempoala, México, está expresado en dos enormes carbonillas. Por continuidad cromática, se vincula con la serie *Antártida Negra* de Adria-

na Lestido, cuando se embarcó hacia una naturaleza idealizada y donde lo único blanco que halló fue la bruma.

Tres tomas aéreas de Buenos Aires, intervinidas, señalan en el plano la ubicación del barrio de Once, y del taller y el consultorio del analista de Gachi Hasper en una serie que habla de los diferentes universos, de lo íntimo a lo urbano, que transitan las mujeres aunque se las vincule históricamente con lo doméstico. En la pared opuesta, un panel de fotografías de Cecilia Szalkowicz, reúne imágenes cotidianas, en soportes inesperados y otras abstractas, muy en el pulso de los inicios de la fotografía digital masiva cruzada con una estética de los tempranos 2000.

Una enorme instalación/escultura blanda de Marina de Caro ocupa el centro de la sala, como recordatorio de un tiempo en invitaban al contacto; hoy, en cambio, se usan códigos QR para ampliar la información de las obras, se quitan los auriculares para los videos y se admite el ingreso de hasta 40 personas en turnos de una hora y media.

Reconocida artista de *land-art*, Agnes Denes está presente con el registro de una acción casi ritual que la conecta con el alimento, la poesía y la tierra, y comparte el espacio con un grupo de artistas que despliegan esa facultad tan asociada a lo femenino de poder atravesar, sin transiciones, distintas dimensiones de la existencia.

La estrella de la sala, Jenny Holzer, despliega en "Looming" (2004) una obra que llegó en los días previos desde la colección Jumex en México, todo el poderío de las marquesinas iluminadas en espacios públicos como maniobra para intervenir en debates o aportar poesía. Es el caso de la instalación que despliega con luces LED el verso completo y luego lo repite, cortado, de un poema del alemán Henri Cole. "*Hornets, two hornets, buzz over my head*". Holzer, ferviente activista en la previa a las últimas elecciones en los Estados Unidos (desplegó por las rutas un circuito de camiones que llevaban sus letreros anti Trump), fue protagonista de una gran retrospectiva en Proa en 2000. Su caso, además, ilustra un denominador común de esta muestra: muchas de las piezas podrían haber sido asignadas a otros núcleos de sentido.

El tercer espacio está guiado por unas sombras sobre la pared que invitan a descubrir a quién pertenecen. Se trata de "Sin título (Sombras)", obra de 1969 de Lilliana Porter, que estuvo presente en la muestra *Imán: Nueva York* (2010), y da la bienvenida al espacio dedicado al lenguaje entendido

en un sentido amplio.

También la Gran Manzana fue donde Sarah Grilo descubrió los carteles iluminados con mensajes que incorporó a la pintura: exhibidas de manera no convencional, hay tres obras datadas entre 1965 y 1975. Por proximidad, esta obra dialoga con un grupo de obras hermanadas, aunque sostienen sus matices. Todas las de letras de Mirtha Dermisache, los mapas conceptuales con poetas de Inés Drangosch, los calados en fibrofácil con consignas de Julia Masvernat reciben la luz de los tubos fluorescentes de "Pisa Fibonacci II" (2009) una gran pieza de Margarita Paksa, de absoluta vigencia en su estética.

Envuelta en la actualidad, la Marta Minujín de 1965 se instaló a leer las noticias en la Costanera Sur cubierta con las hojas del periódico del día, para después entrar en el agua y verlas desintegrarse. Este registro se cuenta entre las obras históricas que son evidencia de la agudeza de muchas artistas en capturar asuntos todavía hoy urticantes. Vinculada a la poesía concreta brasileña, Lanora de Barros podría ser enlace con la cuarta y última sala de *Crear Mundos*.

El poder de sus performances, su dimensión feminista y su historia personal ponen a Ana Mendieta al inicio del capítulo que tiene como eje al cuerpo. Mujeres que usan su propio cuerpo en función de su obra, que hacen obras donde el cuerpo está ausente y donde surgen preguntas sobre la identidad, el paso de tiempo y la subjetividad. Muerta en circunstancias nunca aclaradas, al caer de un piso 34 en el que vivía con su marido, también artista, Mendieta había hecho en 1972 "Untitled, Facial Cosmetic Variations" como estrategia de representación que pone en cuestión los privilegios patriarcales.

Ese mismo año, la estadounidense Eleanor Antin ganó un premio instituido por el MoMA para artistas contemporáneos con sus fotografías de cien de pares de botas abandonadas en un campo, en tensión, como indicios trágicos de masacres, despidos masivos, pérdidas. En esta sala está parte de una extensa serie de postales que como *mail-art* (arte correo) enviaba a personas destacadas del sistema del arte sin más detalles. Emblemática del pensamiento interseccional, Tracey Rose exhibe un video en el que interpreta a Lucy, la primera australopithecus que era una mujer negra, y aquí despliega puentes de sentido imaginarios con las artistas de la sala, muy conocidas para el público local como Lilliana Maresca, desconocidas y casi crípticas como la alemana Rosemarie Trockel - contemporánea de los tanques del regreso a la pintura del arte germano de los 80-; y las amadas como Louise Bourgeois, presente con dos obras más un video que retoma la experiencia inolvidable de su retrospectiva en Proa, en 2010.

Más allá de la carga emocional que en conjunto o separadas pueden tener, las obras funcionan como argumentos para rebatir los históricos de que el arte no tiene género (cuando las mujeres siempre tuvieron menos ventas de obras, y menos valoradas por un mundo muy masculinista). Pero también ofrece una perspectiva vital: si el mundo actual se ha convertido en una amenaza, desde lo cotidiano y material, desde lo que tenemos a mano, o lo que hay, es que podemos crear otros mundos.

Crear Mundos

Lugar: Fundación Proa, Av. Pedro de Mendoza 1929.

Fecha: hasta el 28 de febrero de 2021.

Horario: martes a domingos 11 a 19.

Entrada:

Eliseo Miciu construye paisajes épicos de las soledades que habita desde hace años en la Patagonia. Los exhibe en su muestra de fotografía *Indómito*.

En busca de la luz que no se repite

POR PILAR ALTILIO

Resulta atrapante la perspectiva con que Eliseo Miciu inscribe al espectador en el territorio que conoce y habita. Tal vez porque en su trabajo hay una extensión del deseo de captar un paisaje y un modo de vida que no ha cambiado en cientos de años. Tal vez porque hace falta una templanza especial para habitar estas extensiones, donde el viento y los cielos abiertos son marco de las secuelas de una glaciación remota que transformó el hábitat en estepa. Nieto e hijo de artistas, es el primero que se dedica a la fotografía ya que le permite atrapar exactamente lo que busca, esencialmente la luz. De su herencia rescata con orgullo el acompañamiento de su padre cuando decidió abandonar la escuela y dedicarse a la fotografía. Afirma que era un modo de "estar bien atado a la convicción para que no quede otra cosa que hacer sino lo que a mí me apasiona".

La región que Eliseo conoce y retrata es habitada por pocos humanos. Los que se quedan aman la soledad y se contentan con una frecuencia de onda corta para conocer lo que se comunica a través de la radio, único medio que se puede usar sin antenas especiales en este territorio patagónico. Ese panorama mágico para Miciu, que conoce, camina y busca para luego transmitirlo en su trabajo, forma un corpus extenso que conserva bajo nombres que funcionan como sinónimos del carácter profundo que este paisaje infunde en el ser humano: recio, indómito, rústico, salvaje. Si bien se conectó con la fotografía con fines comerciales y editoriales, muy pronto decidió consolidarse plenamente como artista, para ser honesto con sus visiones y así responder a sus propios arámetros en detrimento de los que le imponía la línea editorial de National Geographic, para la que editó un libro de viajes por la Patagonia.

Miciu ha declarado que su formación viene más de sus relaciones familiares donde es posible encontrar esa simbiosis entre hacer y ser creativo. El paisaje tiene grandes nombres en la historia de la fotografía, y uno de sus próceres está claramente en la lista de Miciu. Se trata del fotógrafo estadounidense Ansel Adams (1902-1984), famoso por crear la técnica denominada "sistema zonal" que permite manipular la captura analógica original mediante el uso de tiempos de exposición durante el copiado, usando la simple oclusión de una parte para regular la intensidad y ganar en contraste de luz y sombra.

Esto es visible con claridad en el trabajo de Miciu, ahora ejecutado de manera totalmente digital, donde se percibe que, captando los matices que él mismo conoce perfectamente, pues los transita, las imágenes se enfatizan para hacerse memorables. No hay nada más inspirador que esa naturaleza que, bajo su mirada, se transforma en épica. Allí, el viento y la luz que se filtra entre las nubes son una constante que moldea las formas.

Es interesante su manejo de las texturas, que captan tanto una simple marca en la corteza del árbol inclinado por el viento,



"El cóndor pasa", un a de las 16 postales patagónicas de Eliseo Miciu exhibidas en Espacio Pinasco.



"Al galpón". Apenas hay pistas de la presencia humana en los paisajes de Miciu.



"Ancestral". Admirador del estadounidense Ansel Adams, Miciu crea retratos únicos de la Patagonia.

como la luz que se posa en algunas partes de esa naturaleza. Una naturaleza árida, áspera, vasta y modelada por pocos elementos tan contundentes como resistentes a la acción del hombre, alejada sideralmente de todo entorno urbano.

Según Eliseo, habitante del sur desde los 15 años, el paisaje permanece, pero "la luz no se repite nunca". Los rayos del sol cuando se filtran entre las nubes, el viento creando una bruma rara que confiere al paisaje una trama de flujos direccionales, la potencia de las montañas emergiendo con bellas formas recordadas, forman un repertorio recurrente de gran impacto visual.

Cuenta el artista que la fotografía fue una herramienta para corroborar esa convicción en algo firme, en algo que no cambia, como el propio estado natural de la estepa, y remarca: "Eso me parece lo más importante de la vida: mantenerse en una constante mientras algunas cosas cambian inevitablemente".

Atrapar esas inmensidades que son ha-

bitadas por animales salvajes entre los que se incluye una rareza tal vez desconocida por muchos: los llamados "ariscos", caballos salvajes que viven en tropillas en regiones que apenas pisa nadie. Ovejas, guanacos, aves de gran porte, zorros y otras especies conviven con esos personajes solitarios, los puesteros, pobladores de la soledad y el viento, que modulan el paisaje y la vida común a todos quienes se deciden a habitarla. Y a ser parte de un sistema donde deben probar su resistencia, de un habitar austero y despojado en estos tiempos en que la representación del viento mediante sonidos o imágenes son para los habitantes de la gran ciudad el modo de acercarse a un paisaje extraño y fascinante.

Eliseo Miciu. Indómito

Lugar: Espacio Pinasco, Av. Quintana 125.

Fecha: hasta fin de diciembre.

Horario: lunes a viernes, 12 a 19.

Entrada: gratis.